

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA MODERNIDAD

Esquema de Clases

1er semestre - Carrera de Psicología.

PRESENTACIÓN

El programa de estudios de la asignatura de FUNDAMENTOS SOCIO-CULTURALES, apunta a presentar un panorama teórico general del estado actual de las Ciencias Sociales como campo de estudio y aplicación.

Dicho programa es el siguiente:

INTRODUCCION AL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

1. El contexto epocal de la Modernidad
2. Secularización y racionalización
3. Cuestiones epistemológicas de las Ciencias Sociales
4. Instalación epocal de los conceptos de sociedad, cultura y civilización
5. Dimensiones de la época: Industrialismo, capitalismo, poder militar y vigilancia (según Giddens).

TEORIAS CLASICAS SOBRE LO SOCIO-CULTURAL

1. Evolucionismo: selección natural, darwinismo social y organicismo.
2. Materialismo: condiciones materiales de existencia, luchas de clases y infraestructura/superestructura.
3. Funcionalismo: función social, anomia e instituciones sociales.
4. Estructuralismo: comunicación simbólica, universalismos y orden social.

TEORIAS CONTEMPORANEAS SOBRE LO SOCIO-CULTURAL

1. Campos y habitus: posición social, capitales (económico, cultural, social y simbólico).
2. Imaginarios Sociales: imaginación creadora, imaginario radical y legitimación social.
Estudios culturales: etnocentrismo, interculturalidad y transculturalidad.

Los contenidos presentados en este apunte de clases, no reemplazan aquellos impartidos en el aula, sino que solo son una guía de estudio.

Manuel Luis Rodríguez U.

Punta Arenas – Magallanes, verano de 2011.

CAP. I.: INTRODUCCION AL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Las Ciencias Sociales se constituyen progresivamente a lo largo de varios siglos.

En su pasado más remoto, las ciencias sociales surgen desde tres disciplinas en la antigüedad greco-latina: desde la Filosofía, el Derecho y la Historia. Es a partir de alguno de *estos troncos intelectuales comunes* desde donde se irán desprendiendo gradualmente y a lo largo del tiempo, como un proceso de especialización que aún dura hasta el presente, las distintas ciencias sociales: Psicología, Sociología, Antropología, Ciencia Política, Economía, Derecho.

Podemos imaginarnos las ciencias sociales modernas como un enorme río que corre a través de selvas, bosques y llanuras, que se desprenden de un río principal como otras tantas ramificaciones y efluentes que se dispersan en numerosas y cada vez más complejas ciencias y subciencias y especializaciones, hasta que en su curso descendente comienzan a reencontrarse, a sintetizar conceptos y hallazgos, a producir zonas de convergencia y de interdisciplinariedad.

Las ciencias de la sociedad se van formando a partir de dos procesos intelectuales y epistemológicos: la comparación y el cambio.

Podría afirmarse que las Ciencias Sociales son herederas de la modernidad, es decir, surgen como disciplinas científicas gradualmente desde el Renacimiento y la Ilustración. Las Ciencias Sociales se van especializando y definiendo a partir del modelo de las ciencias naturales, pero sobre todo, se desarrollan cuando la libertad de pensamiento y la libertad de expresión –incluso en los círculos académicos y universitarios- se instala desde el siglo XVI y XVII en el mundo occidental.

Solo donde hay libertad de pensamiento, donde la creación de ideas y el diálogo entre pensamientos distintos, se realiza en un marco de respeto a las personas y por encima de dogmas y creencias, por encima y mas allá de la autoridad dominante, solo en ese contexto pueden surgir las ciencias sociales.

El punto de partida de la formación moderna de las Ciencias Sociales se encuentra en el **Renacimiento europeo (siglos XV y XVI)** donde al clima intelectual predominante de supersticiones religiosas, de naturalismo y de creencias esotéricas, se impone lentamente una búsqueda de nuevas formas de comprender el mundo y la realidad.

El pensamiento se convierte en ciencia cuando se produce el ciclo virtual que va desde la realidad al pensamiento, desde el pensamiento a la reflexión, desde la reflexión a la crítica y desde la crítica a la realidad. **Esta circularidad “realidad-crítica-realidad”** se refuerza además por la curiosidad científica, por el deseo de romper con los saberes adquiridos y con la tradición, por el efecto acumulado de las

transformaciones sociales, económicas, tecnológicas, culturales y políticas que tienen lugar en los siglos XVI y XVII en Occidente con la emergencia de la burguesía, el deterioro del poder de la nobleza, la crisis del Estado absolutista, la reforma protestante, las guerras civiles y de religión.

Las crisis activan el pensamiento crítico. Las crisis permiten hacer "saltar todo por los aires", y en primer lugar, las ideas, pre-nociones y creencias pre-establecidas y asumidas como verdades inmutables e intocables.

Y el pensamiento crítico y el pensamiento en ciencias sociales surge de una tentativa intelectual, práctica y teórica de evitar la colonización del pensamiento, es decir, de poner una valla de contención a las ideas impuestas por el mero hecho de la autoridad, del dogma o de las creencias establecidas.

Y las ciencias sociales surgen desde el pensamiento crítico.

Algunos autores y pensadores abrieron el camino, tales como Leonardo da Vinci (1452-1519), Francis Bacon (1561-1626), Nicolás Copernico (1473-1543) y Galileo Galilei (1564-1642), quienes fueron seguidos a continuación por René Descartes (1596-1650), Blaise Pascal (1623-1662), Isaac Newton (1642-1727), entre otros.



Tres son los conceptos fundacionales de la modernidad de las Ciencias Sociales:

- a) *la ruptura con el pasado y la crítica profunda de la tradición;*
- b) *la unidad de la naturaleza, o sea lo natural es entendido como un todo; y*
- c) *la búsqueda de nuevos métodos para la ciencia.*

Gastón Bachelard sintetiza magistralmente esta búsqueda del conocimiento desde la perspectiva de la modernidad y de la crítica a la modernidad. Bachelard postula que el acceso al conocimiento como la historia de las ciencias está marcado por un corte (lo que él llama una «ruptura epistemológica»), que separa lo pre-científico. Bachelard consideraba que la ciencia progresaba a través de la superación de obstáculos epistemológicos (todo conocimiento, decía, es aproximado).

En este sentido, se conoce "en contra del conocimiento anterior, destruyendo conocimientos mal adquiridos o superando aquello que, en el espíritu mismo, obstaculiza la espiritualización". Algunos de los obstáculos que deberá superar la ciencia para ser científica son, entre otros, **la opinión y la observación básica**, que deben sustituirse por el ejercicio **de la razón y la experimentación**.



Según Bachelard, la ciencia no puede producir verdad. Lo que debe hacer es buscar mejores maneras de preguntar a través de sucesivas rectificaciones. Él usa para ejemplificar el caso una metáfora: "el conocimiento de lo real es una luz que siempre proyecta alguna sombra". Cada superación de algún obstáculo epistemológico conlleva necesariamente otro obstáculo más complejo. Poseo el mundo tanto más cuanto mayor habilidad tenga para miniaturizarlo.

Pero de paso hay que comprender que en la miniatura los valores se condensan y se enriquecen. No basta una dialéctica platónica de lo grande y de lo pequeño para conocer las virtudes dinámicas de la miniatura. Hay que rebasar la lógica para vivir lo grande que existe dentro de lo pequeño".

Los grandes desafíos que deben resolver las ciencias sociales son:

- a) **la delimitación de los problemas:** mientras para las ciencias de la Naturaleza el problema se centra en la observación más precisa posible de los fenómenos naturales en busca de su descripción y definición, para las ciencias sociales (o ciencias humanas), el problema reside en un aspecto, dimensión, parte o sector de la realidad social, es decir, de la existencia humana en sociedad;
- b) **las dificultades de la observación y la explicación**, a partir de realidades humanas y sociales que son esencialmente dinámicas y cambiantes;
- c) **el diseño y la construcción de métodos científicos fiables y válidos**, mediante las cuales se pueda realizar una lectura de la experiencia y de los datos de la realidad;
- d) **la construcción de conceptos y teorías que, traspasando los límites de cada disciplina, permitan una comprensión más científica del ser humano en su condición total, integral.**

El nuevo espíritu inquisitivo, que puede considerarse como parte de la mentalidad burguesa, produjo un cuestionamiento general de la sabiduría medieval, basada en

el criterio de autoridad, y expresada en aforismos como «*magister dixit*» («el maestro lo ha dicho») o «*Roma locuta, causa finita*» («Roma ha hablado, la cuestión está terminada»).

Nació así, ya en la Baja Edad Media, la investigación empírica de la naturaleza, aunque al menos hasta la Ilustración convivió con elementos que hoy nos sorprenden y que tendemos a calificar de irracionales: figuras como Paracelso (el constructor de la yatroquímica) o Nostradamus (respetadísimo por todos los reyes de Europa), que reclaman conocimientos místéricos, son tan representativas del Renacimiento científico como el cirujano militar Ambroise Paré o el constructor de autómatas Juanelo Turriano.

Los problemas que llevaron a la muerte a Giordano Bruno o Miguel Servet son justamente la no separación de las esferas de la ciencia y la religión.

Casos menos trágicos, pero que hacen ver cómo no había una evidente separación entre el mundo de la ciencia y el de conocimientos menos metódicos son el de Johannes Kepler o John Dee, que se ganaban la vida como astrólogos, lo que les permitió acercarse al poder además de desarrollar otra faceta más científica de su producción intelectual, o el del propio Isaac Newton que, en este caso de forma oculta, tenía su lado oscuro relacionado con la alquimia.

El choque cultural entre los diversos pueblos del mundo (europeos, americanos, asiáticos, africanos) llevó a que las diferentes civilizaciones explotaran la credulidad y la condición «poco civilizada» que indefectiblemente asignaban a los otros, a partir de la predicción de eclipses, las técnicas antisísmicas, los hábitos higiénicos, las novedosas armas, los conocimientos sobre especies vegetales y animales, el uso de tecnologías nunca vistas por el otro. En algunos casos los «otros» fueron considerados dioses y en otros casos, animales.

La credulidad de los pueblos europeos adquiría formas específicas. Se seguían venerando reliquias e imágenes de diversos seres sobrenaturales (entre los católicos) o cruzando el mundo para fundar jerusalenes terrestres (entre los protestantes), acudiendo a los reyes para curar la escrófula, o exorcizándolos cuando estaban "hechizados" (Carlos II de España)... En pleno siglo XVIII Feijoo tenía que dedicarse a combatir supersticiones que al mismo tiempo eran mantenidas desde la cátedra de matemáticas de Salamanca (el inefable Diego de Torres Villarreal). El mundo del ocultismo y lo esotérico convivió entre los mismísimos ilustrados (el caso del napolitano Raimondo di Sangro).



La escuela de Atenas, fresco de Rafael, en las Estancias Vaticanas (1510). Aparece Leonardo da Vinci como Platón, Bramante como Euclides y Miguel Ángel como Heráclito; el mismo autor nos mira de frente. El atrevimiento era enorme, e inimaginable en cualquier otra época anterior, o en otra civilización, no sólo por esa razón: este fresco se opone en la *Estancia de la Signatura* al de *La Disputa del Sacramento*, de idéntico formato, pero de contenido opuesto: si los personajes de este cuadro buscan la verdad con la razón, los del otro lo hacen con la fe.

La conciliación de ambas parecía posible en ese momento; pocos años después, la reforma de Lutero y la contrarreforma católica parecerán desmentirlo. Los artistas del renacimiento eran verdaderos humanistas que entendían de todas las artes y las letras (posiblemente las siete artes liberales están aludidas iconográficamente en la composición). Aún no se habían separado, como ocurriría en la Edad Contemporánea, las letras y las ciencias (lo que nos origina el problema de las dos culturas).³⁹ Como carrera digna de la vocación de un joven, a las letras se le oponían las armas (como en el famoso discurso de Don Quijote)⁴⁰ y a las letras humanas, las letras divinas. Un refrán (también citado por Cervantes) proporcionaba otros dos destinos diferentes, pero también inverosímiles antes de esta época: Iglesia, mar, o Casa Real.⁴¹ Por otro lado, no olvidemos que, al tiempo que se revaloriza la antigüedad clásica, se pone en cuestión la autoridad. El debate de los antiguos y los modernos, resuelto finalmente en favor de éstos, supondrá el punto de partida del pensamiento moderno.



La *Historia Naturalis Brasiliae* (1648) recoge los resultados de la expedición del holandés Willem von Piso y el alemán Georg Marcgraf, en el momento en que

Holanda era la potencia colonial predominante en el área brasileña. La Era de los Descubrimientos está dando paso paulatinamente a las expediciones con fines científicos que no excluyen, sino que racionalizan la búsqueda de recursos y la explotación utilitaria del conocimiento.



El Chimborazo estudiado por Alexander von Humboldt (1805), el descubridor científico del Nuevo Mundo, según Simón Bolívar y, además de un perfecto ilustrado y una figura pre-romántica, uno de los últimos científicos humanistas: a la vez explorador, geógrafo, oceanógrafo, geólogo, botánico, demógrafo, diplomático y amigo de los mejores poetas de su tiempo.

Su expedición a América enviado por Carlos IV (con motivo de la cual se entrevista con José Celestino Mutis en Bogotá) pudo haber sido uno de los episodios más decisivos de la ciencia en la Monarquía Hispánica, cada vez más implicada en proyectos punteros que implicaban a ambos lados del Atlántico (como la expedición Balmis, que difundió la vacuna de la viruela), pero debido a la crisis final del Antiguo Régimen (que también lo fue de la mayor parte del régimen colonial español) la publicación de sus hallazgos no pudo ser aprovechada por sus promotores y más bien aprovechó a una potencia emergente: los recién nacidos Estados Unidos. Sus investigaciones, como otras coetáneas, es muestra de que por fin una percepción científica de la Tierra estaba esbozándose en esos últimos años de la Edad Moderna, con las expediciones de Cook, La Pérouse, Malaspina y los trabajos de determinación del Sistema Métrico.

La presencia de lo sobrenatural en la vida cotidiana era admitida por todas las esferas sociales, incluyendo movilizaciones colectivas de miedo, como la caza de brujas, más cruel e irracional en el norte europeo (supuestamente más "moderno") y en las colonias británicas, que en el sur (supuestamente más "atrasado") y en las colonias iberoamericanas.⁴² La percepción popular de los complicados debates teológicos estaba muy lejos de ser racional, en un mundo mayoritariamente iletrado (incluso con el esfuerzo divulgador de la escritura hecho por la Reforma gracias a la imprenta), y producía casos en los que la persecución inquisitorial se encontraba buscando herejías inexistentes, que los acusados eran incapaces de

elaborar por sí mismos.⁴³ La comparación con otras civilizaciones tampoco deja a la occidental en mejor lugar: la experiencia en Estambul de la lady inglesa Mary Montagu⁴⁴ en fechas tan avanzadas como la primera mitad del siglo XVIII (que la permitió comparar a los effendi otomanos con pensadores tan secularizados como Alexander Pope o Jonathan Swift) es lo suficientemente ilustrativa.

1543 fue un año en el que aparecieron dos obras trascendentales: Nicolás Copérnico postuló por primera vez el Heliocentrismo cuestionando así el Geocentrismo del griego Tolomeo, mientras que Andrés Vesalio revisó la anatomía de Galeno. La senda abierta por ambos fue fructífera: en Física y Astronomía, los aportes acumulados de Tycho Brahe, Galileo Galilei y Johannes Kepler cambiaron la visión del universo, mientras que lo propio hacían en la Medicina Miguel Servet, William Harvey y Marcello Malpighi, entre otros. Toda una escuela de matemáticos italianos, como Bonaventura Cavalieri, prepararon las herramientas matemáticas necesarias para que Isaac Newton postulara de manera científica la Ley de la gravedad, con la publicación de los *Principios matemáticos de filosofía natural* en 1687.

Fue determinante para la construcción de la ciencia moderna la comunicación entre científicos que permitía el intercambio epistolar (fue particularmente enriquecedora la correspondencia de Newton con Leibniz), la publicación y la institucionalización (Royal Academy, Academia de Ciencias Francesa). Pero sería erróneo considerar que la sucesión de descubrimientos y el enlace de biografías de científicos conducía inevitablemente al nuevo paradigma.

La resistencia al cambio era o parecía tan fuerte como las (no tan evidentes) pruebas de la nueva visión de la naturaleza: Tycho Brahe hizo jurar a Kepler no pasarse al bando copernicano; éste tuvo que hacer un costosísimo ejercicio de honestidad científica para defraudar a su maestro y a sus propias preconcepciones místicas de la armonía celeste; la retractación de Galileo no fue tan insincera como la visión romántica nos puede hacer creer, pues él mismo tenía un verdadero problema de conciliación de su fe con el testimonio de su razón y sus sentidos; el mismo Giovanni Cassini, que había sido capaz de la extraordinaria proeza de convertir en reloj a los satélites de Júpiter (lo que permitió dar la primera estimación de la velocidad de la luz), jamás llegó a aceptar semejante posibilidad. Para ello era necesaria una verdadera Revolución científica no muy alejada de las revoluciones social o política que la sostuvieron:



El siglo XVIII representó un avance de otras disciplinas fundamentales, como fueron la química o las ciencias biológicas, con no menos trabas conceptuales. Hasta que Lavoisier no dio el impulso definitivo a la nomenclatura sistemática y la cuantificación de la disciplina (1789),⁴⁶ no se superaron extrañas teorías como la del flogisto, que querían conciliar los nuevos datos experimentales con las viejas concepciones alquímicas o derivadas del concepto de elemento clásico griego. Las sistematizaciones taxonómicas de Buffon o Linneo también fueron esenciales, pero hubo que esperar hasta mucho más tarde para desmentir teorías como la generación espontánea o integrar la microscopía que se venía desarrollando desde el siglo XVII (Leeuwenhoek).



La secularización de la ciencia no llegó a producirse nunca del todo (como comprobó más tarde Darwin), pero al menos Laplace pudo atreverse a replicar a Napoleón, cuando éste le preguntó qué papel le reservaba a Dios en el Universo, que *no había tenido necesidad de tal hipótesis*.

Paralelamente se desarrolló el maquinismo de la primera revolución industrial (máquina de vapor de Thomas Newcomen 1705, de James Watt, 1774), pero sin que la ciencia tuviera mucho que ver en ello, puesto que los principios de la termodinámica se descubrieron por el desafío que suponía la nueva máquina, y no al contrario. Hubo de esperarse a la segunda revolución industrial para que la ciencia y la tecnología se retroalimentaran.

Las novedades económicas que el desarrollo del capitalismo comercial trajo consigo, provocó la aparición de la primera literatura económica, cuyos primeros testimonios fueron los mercantilistas españoles (Tomás de Mercado, Sancho de Moncada).

La definición de una doctrina económica con pretensiones más científicas (que realmente no pasaba de ser un sencillo aparato matemático, que no rivalizaba con el de otras ciencias) debió esperar a la Fisiocracia de Quesnay (*Tableau Economique*, 1758), que, en oposición a la obsesión intervencionista del mercantilismo, propone la libertad económica (el *laissez faire*) y una simplificación fiscal, sobre la base de que es la tierra la única fuerza productiva. En 1776, el escocés Adam Smith da el certificado de nacimiento a la moderna economía con su libro *La riqueza de las naciones*, rápidamente divulgado por Jean Baptiste Say o Jovellanos, y que aún sigue siendo considerada como la Biblia del liberalismo económico.



La resistencia a los avances científicos fueron notables, y no provinieron únicamente del pensamiento reaccionario tradicional. China se mantuvo abierta durante un tiempo al intercambio cultural, aunque luego prefirió mantener el aislamiento, en lo que no tuvo tanta eficacia como Japón. Posiblemente en esa diferencia estribó la divergente trayectoria de uno y otro país a partir de la segunda mitad del siglo XIX: evitar o no las relaciones de dependencia parece retrospectivamente esencial para generar sociedades tecnológicamente desarrolladas. La minoría ilustrada y los zares reformistas de Rusia anhelaban la

modernización y el acercamiento a una Europa occidental que veía idealizadamente como una contrafigura de su atraso.



Si Ámsterdam permitía una excepcional libertad de pensamiento y prensa, también lo hacía Venecia. Las universidades protestantes no eran menos escleróticas que las católicas frente a las innovaciones. En Europa el despotismo ilustrado fue muy receptivo a toda clase de ciencias, mientras que en la República que él mismo había contribuido a traer, Lavoisier fue guillotinado al grito funesto de *La révolution n'a pas besoin de savants* (*La revolución no necesita sabios*).

En América, las nuevas repúblicas recurrieron a la ciencia y la educación popular como un mecanismo para la construcción de sus naciones, en especial los Estados Unidos, que un siglo después desplazaría a las europeas como potencia mundial dominante.



La alfabetización fue en todo el mundo un recurso esencial para ello: desde la imprenta de Gutemberg hasta los medios de comunicación de masas, si un objeto puede simbolizar la Edad Moderna, es la terrible potencia transformadora de un trozo de papel con un mensaje escrito. No obstante, incluso bien entrada la Edad Contemporánea, en la mayor parte del mundo la capacidad de descifrar su significado seguía estando reservado a las capas sociales superiores, más numerosas

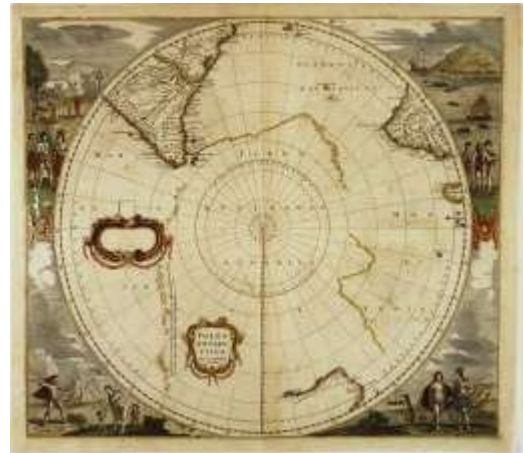
que en la Edad Media, pero que condenaban a los menos favorecidos a la ignorancia de la cultura escrita y a las limitaciones de la (por otra parte riquísima) cultura tradicional oral.

El contexto epocal de la Modernidad.

¿Qué es la modernidad?

¿Cuál es la diferencia entre lo moderno y lo tradicional?

Entendemos como modernidad a un movimiento de época, es decir, a una tendencia profunda del desarrollo histórico de la sociedad, que se extiende históricamente desde el Renacimiento y hasta la Revolución Industrial –siglos xv al xix- en Europa y que en el resto de las sociedades y continentes, se asocia a la conquista territorial que las potencias de Occidente realizan desde el siglo xv, en América, en Asia y en África y a la instalación de un patrón cultural de referencia de rasgos europeos y occidentales adaptados.



Habría así una modernidad original y una modernidad copiada.

La **modernidad** se entiende como un concepto filosófico y sociológico, que puede definirse como el proyecto de instalar e imponer la razón como norma trascendental y paradigma fundacional de la sociedad. Se trata al mismo tiempo de una época y de un modo de entender la sociedad.

Desde ese punto de vista es similar al concepto kantiano de Ilustración (la *mayoría de edad* del individuo, que ejerce su razón de forma autónoma: el *Sapere aude*), y antes que éste al antropocentrismo humanista proveniente del Renacimiento (por ejemplo la *Oratio pro homini dignitate* del florentino Pico della Mirandola).

Fue muy significativo, para entender la diferente concepción de lo nuevo entre la Edad Media y la Moderna, el Debate de los antiguos y los modernos.

En la sociología de Michel Freitag, la modernidad es un modo de reproducción de la sociedad basada en la dimensión política e institucional de sus mecanismos de regulación por oposición a la tradición, en la que el modo de reproducción del conjunto y el sentido de las acciones que se cumplen es regulado por dimensiones culturales y simbólicas particulares. La modernidad es un cambio ontológico del modo de regulación de la reproducción social basado en una transformación del sentido temporal de la legitimidad. En la modernidad el porvenir reemplaza al pasado y racionaliza el juicio de la acción asociada a los hombres.

La modernidad es la posibilidad política reflexiva de cambiar las reglas del juego de la vida social. La modernidad puede ser entendida también como el conjunto de las condiciones históricas materiales que permiten pensar la emancipación conjunta de las tradiciones, las doctrinas o las ideologías heredadas, y no problematizadas por una cultura tradicional o por la tradición misma.

En términos sociales e históricos, no se llega a la modernidad con el fin de la Edad Moderna en el siglo XV, sino tras la transformación de la sociedad preindustrial, rural, tradicional, en la sociedad industrial y urbana moderna; que se produce con la Revolución industrial y el triunfo del capitalismo.

La superación de la sociedad industrial o sociedad desarrollada por la llamada sociedad postindustrial se ha dado en llamar actualmente como postmodernidad.

Fundamentos e historia de la modernidad en América

La modernidad europea u occidental se instala en las sociedades europeas a partir de un conjunto de creencias y certezas, que constituyen hasta hoy lo esencial del paradigma occidental y capitalista:

- a) la creencia en **la razón y en la racionalidad científica** como fundamentos de la búsqueda del conocimiento y la construcción de la verdad;
- b) la creencia en una **ética del sacrificio y la austeridad** basada en los patrones religiosos del protestantismo
- c) la creencia en el uso cada vez más intensivo **de la técnica y la tecnología** como palanca fundamental del progreso de la sociedad.

La modernidad occidental sin embargo, llega y se instala en los demás continentes y particularmente en América de la mano de la colonización europea (desde el siglo XV en adelante) que trae consigo tanto el choque cultural entre las culturas europea y los pueblos originarios, resultando en su avasallamiento, expropiación, destrucción y marginalización social y cultural (hasta el presente), al tiempo que se construyen **sociedades segmentadas, oligárquicas y asimétricas** donde el casi

invisible predominio de los blancos y de las clases propietarias, está legitimado por el propio discurso modernista y modernizador.

El mestizaje social, racial y cultural generado por la invasión conquistadora europea y la colonización en América, da origen en esta región del mundo a una modernidad periférica, clasista, elitista y excluyente, que produce sociedades divididas.

La modernidad en América está marcada históricamente por el vasallaje cultural y social y tiene su pecado original en la importación e imposición de modelos culturales, patrones religiosos y estilos de vida europeos sobre las poblaciones autóctonas del continente.

De los cinco siglos de modernidad periférica que han operado en América, surgen varias formas de modernidad (modernidad truncada, modernidad extrovertida) pero todas ellas reflejan un mundo y una cultura cuyo centro y cuyo eje no está en el propio continente americano, sino cuyas referencias fundamentales se encuentran en Europa y en América del Norte.

Los americanos (habitantes de América) viven una modernidad que no les pertenece, que no ha sido creada en América, sino en el Viejo Mundo.

Secularización y racionalización

La modernidad es una tentativa de alejamiento de la religión y las creencias, en nombre de la razón, de manera que secularización y racionalización son dos aspectos de una misma corriente modernista.

La Edad Moderna suele secuenciarse por sus siglos, lo que puede ser arbitrario (y suele ser salvado con *expeditivos siglos cortos* o *siglos largos*, divididos según convenga), pero en general la historiografía ha caracterizado una sucesión cíclica, que algunos han querido identificar con ciclos económicos similares a los descritos por Clement Juglar y Nicolái Kondratiev, pero más amplios, con fases *A* de expansión y *B* de recesión secular.

Un siglo XVI que, tras la costosa recuperación de la Crisis de la Baja Edad Media, en economía presencia la Revolución de los Precios, coincidente con la Era de los Descubrimientos que permite una expansión europea ligada a ventajas tecnológicas y de organización social.³ Pocos hechos cambiaron tanto la historia del mundo como la llegada de los españoles a América y la posterior Conquista y la apertura de las rutas oceánicas que castellanos y portugueses lograron en los años en torno a 1500. El choque cultural supuso el colapso de las civilizaciones precolombinas. Paulatinamente, el Atlántico gana protagonismo frente al Mediterráneo,⁴ cuya cuenca presencia un reajuste de civilizaciones: si en la Edad Media se dividió entre un norte cristiano y un sur islámico (con una frontera que cruzaba Al Andalus, Sicilia y Tierra Santa), desde finales del siglo XV el eje se invierte, quedando el

Mediterráneo Occidental, (incluyendo las ciudades costeras clave de África del Norte) hegemonizado por la Monarquía Hispánica (que desde 1580 incluía a Portugal), mientras que en Europa oriental el Imperio otomano alcanza su máxima expansión.

Las milenarias civilizaciones orientales (India, China y Japón), reciben en algunas ciudades costeras una presencia puntual portuguesa, (Goa, Ceilán, Malaca, Macao, Nagasaki misiones de San Francisco Javier), pero tras los primeros contactos se mantuvieron poco conectados o incluso ignoraron olímpicamente los cambios de Occidente; por el momento se lo podían permitir. Las *islas de las especias* (Indonesia) y Filipinas serán objeto de una dominación colonial europea más intensiva. Frente a la continuidad oriental, los cambios sociales se concentran en los vértices del llamado comercio triangular: notables en Europa (donde comienzan a divergir un noroeste burgués y un este y sur en proceso de refeudalización), y cataclísmicos en América (colonización) y África (esclavismo). El crecimiento de población en Europa probablemente no compensó el descenso en esos continentes, sobre todo en América, en que alcanzó proporciones catastróficas y ha sido considerado como el mayor desastre demográfico de la Historia Universal⁵ (varios investigadores⁶ han estimado que más del 90% de la población americana murió en el primer siglo posterior a la llegada de los europeos, representando entre 40 y 112 millones de personas).⁷ Las convulsiones políticas y militares son asimismo espectaculares.

En la mítica Tombuctú, el Askia Mohamed I (1493-1528) produce el apogeo del Imperio Songhay, que entra en la órbita del Islam y decaerá en el periodo siguiente. Simultáneamente, el Renacimiento da paso a los enfrentamientos de la Reforma y las guerras de religión. La expansión ideológica de Europa se manifiesta en la difusión del cristianismo por todo el mundo, excepto en los Balcanes, donde retrocede frente al Islam, con el que también entra en contacto en Extremo Oriente, tras dar la vuelta al globo.

Un siglo XVII que presenció posiblemente una crisis general (quizá provocada por la Pequeña Edad del Hielo) que se conoce como crisis del siglo XVII, que aparte del descenso de población (ciclos de hambres, guerras, epidemias) y del declive de la serie de precios o de la llegada de metales de América, fue muy desigual en la forma de afectar a los distintos países, incluso en Europa: catastrófica para la Monarquía Hispánica (crisis de 1640) y Alemania (Guerra de los Treinta Años), pero impulsora para Francia e Inglaterra una vez resueltos sus problemas internos (Fronda y Guerra Civil Inglesa). El Imperio otomano pierde en la batalla de Viena su última oportunidad de expandirse frente a Europa, y comienza un lento declive, en parte en beneficio de una Polonia que enseguida pasará el relevo al gigantesco Imperio ruso. En su frente oriental, resucita el Imperio persa con la dinastía safávida que lleva a un breve apogeo el Sah Abbas I *el Grande*, que convierte a Isfahán en una de las ciudades más bellas del mundo. Al mismo tiempo, en la India, que mantiene la presencia colonial europea en la costa, se levanta un gran imperio continental del que es prueba el Taj Mahal de Sha Jahan y comienza a descomponerse con Aurangzeb. Todos estos movimientos tienen que ver con el vacío geoestratégico formado en el Asia Central, que los kanatos herederos de Horda de Oro son

incapaces de ocupar. En China los intemporales ciclos dinásticos se renuevan con el acceso de la dinastía manchú: los Qing. Japón expulsó a los portugueses (no así a los holandeses) y se cerró en el relativo aislamiento del periodo Tokugawa, que incluyó el exterminio de los cristianos, pero que quizá salvó la civilización japonesa de la colonización y permitió un desarrollo endógeno que en el siglo XIX la hará irrumpir de golpe en la modernización.

Los océanos presencian el declive del Imperio español (que había llegado a su cúspide, temporalmente unido al portugués) en beneficio del holandés y el británico. Es la edad de oro de la piratería, que permite el efímero florecimiento de un modo de vida violento y excesivo, pero románticamente percibido como una utopía libre en el Caribe (isla de la Tortuga).

La pimienta, objeto de lujo en la Edad Media, provocó la codicia comercial que empujó a la búsqueda de las rutas hacia las Islas de las Especias. Carlo Cipolla, en *Allegro ma non troppo*, desarrolló en clave irónica una interpretación de la Historia moderna basada en ello.

Un siglo XVIII que comienza con lo que Paul Hazard definió como crisis de la conciencia europea (1680-1715), que abre paso a la Revolución científica newtoniana, la Ilustración, la Crisis del Antiguo Régimen y la que propiamente puede llamarse Era de las Revoluciones, cuyo triple aspecto se categoriza como la Revolución industrial (en el desarrollo de las fuerzas productivas, lo tecnológico y lo económico incluyendo el triunfo del capitalismo), la Revolución burguesa (en lo social, con la conversión de la burguesía en nueva clase dominante y la aparición de su nuevo antagonista: el proletariado) y la Revolución liberal (en lo político-ideológico, de la que forman parte la Revolución francesa y las revoluciones de independencia americanas).

El desarrollo de esos procesos, que pueden considerarse como consecuencias lógicas de los cambios desarrollados desde el fin de la Edad Media, pondrán fin a la Edad Moderna. En Europa se encuentra de nuevo en ascenso demográfico, que se convierte esta vez en el comienzo de la transición demográfica, superadas las mortalidades catastróficas: la última peste negra en Europa Occidental (Marsella, 1720) se vence con la inesperada ayuda del *rattus norvegicus*, que sustituye biológicamente a la pestífera *rata negra*,⁸ y con la vacuna de Jenner se obtiene la primera herramienta científica para el tratamiento de epidemias.

En cuanto al hambre, no desaparece, de hecho el siglo presencia numerosos motines de subsistencia (que en Inglaterra anteceden al nuevo tipo de protesta, ligado al naciente proletariado industrial),⁹ pero que en las zonas que desarrollan precozmente una agricultura capitalista y un sistema de transportes modernizado pueden salvarse (en Inglaterra, Francia y Holanda el sistema de canales fluviales antecede en un siglo al trazado del ferrocarril). En otras continuó habiendo hasta bien entrado el XIX, como España (hambruna de 1812, cuando se recurrió al consumo masivo de la tóxica almorta, que por las mismas fechas también fue detectado por los ingleses en la India)¹⁰ o Irlanda (monocultivo de la patata que llevará al hambruna irlandesa de 1845 y a la emigración masiva).

El equilibrio europeo iniciado en el Tratado de Westfalia (1648) se recompone en el de Utrecht (1714) y se mantiene no sin conflictos (varios de ellos llamados Guerra de Sucesión), con hegemonía continental para Francia (vinculada a España por los Pactos de Familia de la dinastía Borbón) y hegemonía marítima para Inglaterra, certificada más tarde en [Trafalgar (1805)].

Las exploraciones de James Cook y la ocupación de Oceanía cierran la era los descubrimientos geográficos (a la espera de las expediciones polares). La integración mundial avanza y surgen las primeras guerras mundiales en el sentido de que los imperios coloniales europeos se reparten territorios distantes (India, Canadá) al tiempo que se dirimen otros repartos en Europa (como el de Polonia).

Las posesiones europeas llegan a su máxima expansión en América en vísperas de la Independencia de Estados Unidos (1776) y de la Emancipación Hispanoamericana (1808-1824), anticipada por la Revolución de los Comuneros en 1737 y la rebelión de Túpac Amaru en 1780. Para recoger el testigo de la sumisión colonial, África y Extremo Oriente habrán de esperar al siglo XIX, pero en el Asia Central se asiste a una carrera por la ocupación de un espacio geoestratégicamente vacío entre Rusia y China. Simultáneamente, en el Pacífico norteamericano la emprenden Rusia, Inglaterra y España, mientras la colonización de Australia es iniciada por Inglaterra sin apenas oposición.

Cuestiones epistemológicas de las Ciencias Sociales

Se instalan diversas preguntas desde las Ciencias Sociales:

¿Cuál es el sentido de la ciencia? ¿Cuál es la importancia de la experiencia en la construcción del conocimiento científico?

Las dos funciones de la experimentación: la hipótesis y su control.

Nos interrogamos por la noción de realidad y de objetividad.

¿Cuál es el sentido y el significado de la causalidad?

Instalación epocal de los conceptos de sociedad, cultura y civilización

La modernidad trae consigo las nociones de sociedad, de cultura y de civilización.

Lo que no es europeo u occidental no es cultura ni es civilizado.

El carácter más trascendental que trae la Edad Moderna es, sin duda, lo que Ruggiero Romano y Alberto Tenenti denominan «*la primera unidad del mundo*»:

En 1531, al abrirse la nueva Bolsa de Amberes, una inscripción advertía que era *in usum negotiatorum cuiuscumque nationis ac linguae*: para uso de los hombres de negocios de cualquier nación y lengua. Es un hecho como éste y en muchos otros de naturaleza semejante, más aún que en los aspectos externos del gigantismo político o económico, donde nos parece que debe buscarse el sentido profundo del período... Ahora se crea una primera unidad del mundo: las técnicas circulan velozmente; los productos y los tipos de alimentación se difunden; la cocina española, el trigo, el carnero, los bovinos se introducen en América; a más o menos largo plazo, el maíz, la patata, el chocolate, los pavos llegan a Europa.

En los Balcanes, las pesadas confituras turcas van penetrando lentamente; las bebidas turcas -o la manera turca de prepararlas- se consolidan. Por todas partes, los paisajes cambian: los templos de las religiones de la América precolombina son sustituidos por iglesias católicas, y en las encrucijadas de los caminos de América se levantan ahora cruces; en los Balcanes, los alminares se alzan al lado de las iglesias ortodoxas. Intercambios de técnicas, de culturas, de civilizaciones, de formas artísticas: la rueda -desconocida en América- se introduce en el nuevo mundo; los pintores italianos llegan a las cortes de los sultanes (así, Gentile Bellini termina, en 1480, el finísimo retrato de Mohamed el Conquistador).

Una vasta economía mundial extiende sus hilos alrededor del globo: el camino de las monedas del Imperio español, los famosos «reales de a ocho», acuñadas en las casas de moneda americanas, se hace cada vez más largo y, tras el viaje tras atlántico, llegan en pequeñas o grandes etapas hasta el Extremo Oriente, para ser cambiadas por especias, sedas, porcelanas, perlas ...

El trigo del Báltico llega hasta la región atlántica de la Península Ibérica, y hacia 1590 entrará masivamente hasta el Mediterráneo; el azúcar, de las islas atlánticas o del Brasil, empieza a llegar en grandes cantidades a los mercados europeos; se democratizan algunos productos -como la pimienta- considerados hasta entonces de lujo o, por lo menos, privilegiados. La modernidad de esta época, en torno a la cual generaciones enteras de historiadores han discutido para captar su presencia en mil aspectos, en mil ideas, se afirma, precisamente, en esta primera unidad del mundo.

Pero ésta es aún demasiado frágil: si las líneas de navegación enlazan ya con gran regularidad los distintos continentes, la piratería o las dificultades técnicas de la navegación rompen aquella regularidad; si los sueños imperiales -y unificadores- de un Carlos V parecen, por momentos, hacerse realidad a la luz de las victorias, se desvanecen muy fácilmente en la tristeza de las derrotas... y en las grandes escisiones internas que aparecen en Europa en el plano religioso, o en los gérmenes de ...la conciencia nacional que ahora empieza a desarrollarse.¹¹

Elemento consustancial a la Edad Moderna (especialmente en Europa, primer motor de los cambios) es su carácter transformador, paulatino, dubitativo incluso, pero decisivo, de las estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas propias de la Edad Media. Al contrario de lo que ocurrirá con los cambios revolucionarios propios de la Edad Contemporánea, en que la dinámica histórica se

acelera extraordinariamente, en la Edad Moderna la inercia del pasado y el ritmo de los cambios son lentos, propios de los fenómenos de larga duración.

Como se indica arriba, no hubo un paso brusco de la Edad Media a la época moderna, sino una transición.

Los principales fenómenos históricos asociados a la Modernidad (capitalismo, humanismo, estados nacionales, etcétera) venían preparándose desde mucho antes, aunque fue en el paso de los siglos XV a XVI en donde confluyeron para crear una etapa histórica nueva. Estos cambios se produjeron simultáneamente en varias áreas distintas que se retroalimentaban: en lo económico con el desarrollo del capitalismo; en lo político con el surgimiento de estados nacionales y de los primeros imperios ultramarinos; en lo bélico con los cambios en la estrategia militar derivados del uso de la pólvora; en lo artístico con el Renacimiento, en lo religioso con la Reforma Protestante; en lo filosófico con el Humanismo, el surgimiento de una filosofía secular que reemplazó a la Escolástica medieval y proporcionó un nuevo concepto del hombre y la sociedad; en lo científico con el abandono del *magister dixit* y el desarrollo de la investigación empírica de la ciencia moderna, que a la larga se interconectará con la tecnología de la Revolución industrial. Ya para el siglo XVII, estas fuerzas disolventes habían cambiado la faz de Europa, sobre todo en su parte noroccidental, aunque estaban aún muy lejos de relegar a los actores sociales tradicionales de la Edad Media (el clero y la nobleza) al papel de meros comparsas de los nuevos protagonistas: el Estado moderno, y la burguesía.

Desde una perspectiva materialista, se entiende que este proceso de transformación empezó con el desarrollo de las fuerzas productivas, en un contexto de aumento de la población (con altibajos, desigual en cada continente y aún sometida a la mortalidad catastrófica propia del el Antiguo Régimen demográfico, por lo que no puede compararse a la explosión demográfica de la Edad Contemporánea).

Se produce el paso de una economía abrumadoramente agraria y rural, base de un sistema social y político feudal, a otra que sin dejar de serlo mayoritariamente, añadía una nueva dimensión comercial y urbana, base de un sistema político que se va articulando en estados-nación (la monarquía en sus variantes autoritaria, absoluta y en algunos casos parlamentaria); cambio cuyo inicio puede detectarse desde fechas tan tempranas como las de la llamada revolución del siglo XII y que se precipitó con la crisis del siglo XIV, cuando se abre la transición del feudalismo al capitalismo que no se cerrará hasta el siglo XIX.¹²

Dimensiones fundamentales de la época contemporánea: industrialismo, post-industrialización, capitalismo, post-capitalismo, globalización/mundialización, poder militar, control social y vigilancia.

Industrialización como proceso de incorporación tecnológica a los procesos productivos, sobre todo a partir del siglo xvii y xviii.

El capitalismo es un modelo histórico de desarrollo basado en la explotación del trabajo humano mediante el uso intensivo del capital, el conocimiento y la tecnología. El capitalismo puede definirse como el sistema económico fundado en la propiedad privada, la explotación del trabajo para producir plusvalía y la libertad económica como relación económica básica de producción. El origen etimológico de la palabra *capitalismo* proviene de la idea de capital.

En el capitalismo los individuos y las empresas llevan a cabo la producción y el intercambio de bienes o de servicios en forma libre con el propósito de beneficiarse. La distribución, la producción y los precios de los bienes y servicios son determinados por el libre mercado.

Se denomina sociedad capitalista a toda aquella sociedad política y jurídica originada en la civilización occidental y basada en aquel sistema económico. El orden capitalista se distingue de otras formas sociales y productivas por la movilidad social de los individuos y por la regulación formal de las relaciones socioeconómicas mediante el contrato libre.

La doctrina política del capitalismo que históricamente ha encabezado la defensa e implantación de este sistema económico y político, ha sido el liberalismo económico y clásico del cual se considera sus padres fundadores a John Locke, Juan de Mariana y Adam Smith. El pensamiento liberal clásico sostiene, por lo menos desde la ciencia de la economía que la intervención del gobierno debe reducirse a su mínima expresión. Sólo debe encargarse del ordenamiento jurídico que garantice el respeto de la propiedad privada, la defensa de las llamadas libertades negativas: los derechos civiles y políticos, el control de la seguridad interna y externa (justicia y protección), y eventualmente la implantación de políticas para garantizar el libre funcionamiento de los mercados, ya que la presencia del Estado en la economía perturbaría su funcionamiento.



Sus representantes contemporáneos más prominentes son Ludwig von Mises y Friedrich Hayek por parte de la llamada "Escuela austriaca de economía"; George Stigler y Milton Friedman por parte de la llamada "Escuela de Chicago", existiendo profundas diferencias entre ambas. Otros autores contemporáneos e ideólogos del capitalismo se consideran a Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

Existen otras tendencias dentro del pensamiento económico que asignan al Estado funciones diferentes. Por ejemplo los que adscriben a lo sostenido por John Maynard Keynes, según el cual el Estado puede intervenir para incrementar la demanda efectiva en época de crisis. También se puede mencionar a los pensadores políticos que dan al Estado y a otras instituciones un rol importante para controlar las deficiencias del mercado.

Los burgueses, nombre que se dio en la edad media europea a los habitantes de los burgos (los barrios nuevos de las ciudades en expansión), tienen una posición ambigua en la Edad Moderna. Una visión lineal, que tome como punto de llegada la Revolución Burguesa, les buscará emplazándose a sí mismos fuera del sistema feudal, como hombres libres que, en Europa, se hicieron poderosos gracias a la creación de redes comerciales que la abarcaban de norte a sur. Ciudades que habían conseguido una existencia libre entre el imperio y el papado, como Venecia y Génova, crearon verdaderos imperios comerciales.

Por su parte, la Hansa dominó la vida económica del Mar Báltico hasta el siglo XVIII. Las ciudades eran *islas en el océano feudal*, pero el que la burguesía fuera realmente un disolvente del feudalismo, o más bien un testimonio de su dinamismo, al crecer con el excedente que los señores extraen en sus feudos, es un tema que ha discutido extensamente la historiografía.¹⁴ El mismo papel de la ciudad europea durante la Edad Moderna puede considerarse un proceso de larga duración dentro del milenarismo proceso de urbanización: la creación de una red urbana, preparación necesaria para el cumplimiento de las funciones sociales del mundo industrial moderno.

A la línea de meta llegaron con ventaja metrópolis como Londres y París en el siglo XVIII; por el camino quedaron rezagadas, sin capacidad de articular una economía nacional de dimensiones suficientes para el despegue industrial, ciudades relegadas a la condición de *semiperiféricas*: Lisboa, Sevilla, Madrid, Nápoles, Roma o Viena; o, con otras características funcionales, independientemente de su tamaño, las de la *periferia* euro-mediterránea: Moscú o San Petersburgo, Estambul, Alejandría o El Cairo; y las de la *arena exterior*, tanto en espacios ajenos a la colonización europea (Pekín) como las ciudades coloniales.¹⁵

Aunque la diferencia de posición económica era enorme entre alta burguesía, baja burguesía y plebe empobrecida, no lo estaba en muchos extremos por su condición social: todas eran pueblo llano. La diferenciación entre burguesía y campesinado es aún más significativa, pues fuera de las ciudades es donde vivía la inmensa mayoría de la población, dedicándose a actividades agropecuarias de muy escasa

productividad, lo que las condenaba a la invisibilidad histórica: la producción documental, que florece de forma extraordinaria en la Edad Moderna (no sólo con la imprenta, sino con la fiebre burocrática del estado y de los particulares: registros económicos, protocolos notariales...) es esencialmente urbana. Los fondos de los archivos europeos empiezan ya a competir en densidad de fuentes documentales con enorme ventaja frente a los chinos, de milenaria continuidad.

También puede verse a la burguesía como un aliado del absolutismo, o como un agregado social sin verdadera conciencia de clase, cuyos individuos prefieren la "traición" que les permite el ennoblecimiento por compra o matrimonio, sobre todo cuando la ideología dominante persigue el lucro y santifica la renta de la tierra.¹⁶ Su papel como agente revolucionario había ocasionado las revueltas populares urbanas de la Edad Media, y continuará vivo pero errático en las de la Edad Moderna, algunas teñidas de ideología religiosa, otras de revuelta antifiscal o incluso de motines de subsistencia.¹⁷

En otros continentes, la caracterización social de una clase definida por su actividad urbana, su identificación con el capital y la condición de no privilegiada, es mucho más problemática. No obstante, se ha aplicado el término en Japón, cuya formación económico social ha sido asimilada al feudalismo, y con muchas más dificultades en China, aunque las interpretaciones de su historia están muy vinculadas a posiciones ideológicas.



El mundo islámico tenía desde sus orígenes una fuerte componente comercial, con un desarrollo impresionante de las rutas a larga distancia (navieras y caravaneras), y una artesanía superior a la europea en muchos aspectos, pero el desarrollo de las fuerzas productivas demostró ser menos dinámico, y con éstas la dinámica social. Los mercaderes árabes o el zoco, sin dejar de ser bullicioso y reflejar el descontento popular en periodos de crisis, no estuvieron nunca en condiciones de significar un desafío a las estructuras.

América fue desde el comienzo de su colonización una tierra de promisión donde hacer experimentos de ingeniería social. Las reducciones jesuíticas o los peregrinos

del Mayflower son casos extremos, siendo el fenómeno más importante la ciudad colonial hispánica, con su urbanismo trazado a cordel a partir de una amplia Plaza Mayor sobre tierras vírgenes o ciudades precolombinas, a veces incluso convirtiéndose en ciudad peregrina, cambiando su emplazamiento por terremotos o condiciones sanitarias. Es posible encontrar la formación de una burguesía en América durante la Edad Moderna, en las colonias británicas del norte, y en los criollos hispanoamericanos, que impulsarán los procesos de independencia y contribuirán decisivamente al final del Antiguo Régimen y la plasmación de los valores de la Edad Contemporánea.

Las exploraciones patrocinadas por las monarquías europeas (en Portugal, el caso precoz de Enrique el Navegante), y protagonizadas por personajes como Cristóbal Colón, Juan Caboto, Vasco de Gama o Hernando de Magallanes, se aventuraron en mares desconocidos y llegaron a tierras que eran desconocidas por los europeos, aprovechando una serie de mejoras náuticas: la brújula y la carabela.

La relación que el espíritu individualista y la búsqueda la fama pudieran tener con los valores burgueses no es tan clara: no supone ninguna novedad desde tiempos de Marco Polo y tiene posiblemente más relación con el espíritu caballeresco y los valores nobiliarios de la baja edad media.¹⁸ Aprovechando sus descubrimientos, España, Portugal y Holanda primero, y Francia e Inglaterra después, construyeron imperios coloniales, cuyas riquezas, sobre todo la extracción de oro y plata de América, estimularon aún más la acumulación de capital y el desarrollo de la industria y el comercio, aunque a veces más fuera del propio país que dentro, como fue el caso de la castellana, que sufrió las consecuencias de la Revolución de los Precios y una política económica, el mercantilismo paternalista que busca más la protección del consumidor (y de los privilegiados) que la del productor.

Fuera de Inglaterra y Holanda, en el siglo XVII, la burguesía tenía un poder económico relativo, y ningún poder político. No sería propio decir que llegó a sus manos ni siquiera cuando reyes como Luis XIV empezaron a llamar a burgueses como ministros de estado, en vez de la vieja aristocracia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bachelard, G.: La formation de l'esprit scientifique.